

4º El Corazón Inmaculado de María, remedio supremo para evitar el infierno.

Y ¿cuál es el remedio que el Cielo nos propone para evitar este terrible mal? Uno solo: *el Corazón Inmaculado de María*. Esta es la característica central del mensaje de Fátima: **la revelación del Corazón Inmaculado de María como último medio de salvación para las almas.**

«Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado». Esta última frase de Nuestra Señora constituye, pues, el «secreto del Secreto», lo esencial y lo más importante del mensaje de Fátima.

Nuestra Señora revela así el Corazón de Dios. El ama a María más que todo, eternamente, con un amor de predilección sin igual, y quiere que Ella sea glorificada, honrada, amada y servida por todas sus demás criaturas. De esta voluntad primera de Dios se deriva su otra voluntad de constituirla Medianera Universal de todas las gracias e instrumento de la salvación de nuestras almas.

Podríamos preguntarnos el porqué de esta voluntad del Cielo. Y no dejaremos de hallar entonces armonías y conveniencias supremas. La devoción al Corazón de María debía completar y coronar la devoción al Corazón de Jesús, y ser reconocida y difundida públicamente en la Iglesia, para que públicamente se honrara, junto a la persona del Redentor, la persona de la Corredentora. El plan divino, en efecto, fue de constituir a Cristo como Nuevo Adán, en orden a su Obra de regeneración del linaje humano. Pero, así como «no es bueno que el Hombre esté solo» en dicha Obra, el plan divino incluía también que dicho Hombre se viese acompañado de una Nueva Eva, de «una Ayuda semejante a El». La Virgen Santísima es, pues, en los planes de Dios, la colaboradora necesaria, universal, indisoluble, de Cristo en la Obra redentora. Y por eso mismo, la Iglesia, redimida como fue por Jesús-María, sólo puede encontrar refugio seguro en estos dos Corazones unidos.

Esta devoción al Corazón Inmaculado de María, Dios quiere que se extienda al mundo entero y que se «establezca»; es decir, que no se trata solamente de una devoción privada, que puede nacer, florecer y luego desaparecer, sino de un culto público, solemne y estable y, por lo tanto, litúrgico, reconocido, patrocinado y difundido por la jerarquía misma de la Iglesia.

De este modo, la revelación de Fátima completa la de Paray-le-Monial, y la devoción al Corazón de María se une a la devoción al Corazón de Jesús, reclamada por el cielo desde fines del siglo XVII. Estas dos devociones son absolutamente inseparables.

Tal es el gran designio de nuestro Padre Celestial para «los últimos tiempos de la historia»: **el reinado y el triunfo universal de los dos Corazones unidos de Jesús y de María.**

El mensaje de Fátima Primera parte del Secreto

Las Apariciones de Fátima han sido tal vez la mayor gracia del Cielo a la Iglesia y a toda la humanidad en el siglo XX. En ellas se manifiesta la voluntad salvífica de Dios, pero con esta peculiaridad: y es que esta voluntad salvífica quiere servirse especialísimamente, en los tiempos modernos, de la Santísima Virgen, y particularmente de su Corazón Inmaculado. En ese sentido, no sabríamos concederle a estas Apariciones, y al mensaje que en ellas nos entrega Nuestra Señora, toda la importancia que se les debe.

1º El Secreto de Fátima.

Ahora bien, el mensaje de Nuestra Señora está como condensado en el Secreto que la Virgen confió a los tres pastorcitos el 13 de julio de 1917. Durante un tiempo fue posible hablar de Fátima, y de los pedidos de penitencia y del rosario que en ellos hacía la Virgen, sin mencionar este Secreto, ya que, de hecho, Sor Lucía sólo lo manifestó públicamente pasados 20 largos años. Y sin embargo, hasta que este Secreto no se manifestara, quedaban desconocidos los grandes temas característicos de las Apariciones de Fátima, que sólo en él se revelan.

«Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado». Esta es la frase decisiva que resume todo el mensaje que de parte del Cielo vino a traernos Nuestra Señora de Fátima. Y esta es también la frase central del Secreto, el cual, por la manera en que Sor Lucía lo redactó y transmitió, ha quedado célebremente dividido en **tres partes.**

Las dos primeras fueron incluidas por Lucía, ya religiosa, en la Tercera memoria, escrita entre el 26 de julio y el 31 de agosto de 1941, y en la Cuarta memoria, compilada entre el 7 de octubre y el 8 de diciembre de ese mismo año; y se refieren a la visión del infierno y a la llegada de una nueva gran Guerra Mundial que podría ser conjurada con la consagración de Rusia. Puesto que se destinaban a todo el pueblo fiel, Sor Lucía, apenas tuvo el permiso del Cielo, la dio a conocer públicamente a todos.

La tercera, en cambio, que Sor Lucía redactó en enero de 1944, estaba destinada exclusivamente a la jerarquía de la Iglesia, y sólo por ella debía ser revelada al mundo; lo cual explicaría que Sor Lucía, fuera de la redacción escrita que envió al

obispo de Leiria, y que luego sería entregada a la Santa Sede, nunca se sintiera con el permiso de divulgarlo como las dos partes anteriores, ni siquiera de indicar su contenido.

Puesto que sabemos, por testimonio de la misma Sor Lucía, que las tres partes del Secreto están **íntimamente relacionadas** entre sí, debemos intentar estudiar el nexo existente entre las mismas para desentrañar su significado y, por lo tanto, el alcance de los pedidos del Cielo que en ellas se manifiestan.

Podemos, de entrada, enlazar y resumir como sigue las tres partes: el Secreto de Fátima es la revelación del Corazón de Nuestra Señora como último medio: • de **salvación de las almas**: tal es el tema de la primera parte; • de **salvación de las naciones cristianas**: tal es el tema de la segunda parte; • y, por lo tanto, de **salvación de la misma Iglesia**: tal parece ser, por nexo lógico y necesario, el tema de la tercera.

En la presente Hojita de Fe nos limitamos a explicar la primera parte, dejando las otras dos para otros dos números.

2º La visión del infierno.

La primera parte del Secreto es la famosa **visión del infierno**. Por ella, Nuestra Señora nos recuerda lo esencial, la única cosa que cuenta para todos nosotros: nuestra eternidad.

Era la primera vez, en la historia de sus apariciones en la tierra, que la Santísima Virgen se dignaba mostrar el infierno a unos videntes. Y lo hacía después de dirigir a Lucía, Francisco y Jacinta estas palabras: «*Sacrificaos por los pecadores, y decid a menudo a Jesús, especialmente cuando hagáis un sacrificio: “Oh Jesús, es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Corazón Inmaculado de María”*».

«*Al decir estas últimas palabras –cuenta Sor Lucía–, Nuestra Señora abrió de nuevo sus manos.*

El haz de luz proyectado pareció penetrar la tierra, y nos vimos como en un océano de fuego. Dentro de ese fuego estaban sumergidos los demonios y almas en forma humana, negros y ardientes, semejantes a brasas transparentes. Sostenidas en el aire por las llamas, ardían por todas partes igual que las chispas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre grandes gritos y aullidos de odio y de desesperación que hacían temblar de espanto. Fue seguramente ante esta visión de dolor que lancé aquel “¡Ay!” que dicen haber oído de mí. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y repugnantes de animales espantosos y raros, pero transparentes, igual que carbones encendidos.

Esta visión duró sólo un instante, y tuvimos que agradecer anticipadamente a nuestra cariñosa Madre del Cielo que nos hubiese prometido llevarnos al cielo; de otra suerte, creo que hubiésemos muerto de terror y de miedo.

Entonces, como para pedir socorro, levantamos los ojos hacia la Santísima Virgen, que nos dijo con ternura y tristeza: “Habéis visto el infierno, donde van a parar las

almas de los pobres pecadores. Para salvarlos, Dios quiere establecer en el mundo la Devoción a mi Corazón Inmaculado”».

Tal es el contenido de la primera parte del Secreto, de capital importancia. Más que el anuncio de hambres, guerras y persecuciones, Nuestra Señora quiere recordarnos ese infierno eterno al que podemos condenarnos. En Fátima, pues, la Santísima Virgen vino a recordar a nuestro siglo de apostasía, de racionalismo y de materialismo, una de las verdades mayores de nuestra fe. Sor Lucía declaró al padre Fuentes en diciembre de 1957:

«*Mi misión no es indicar al mundo los castigos materiales que seguramente vendrán si el mundo no reza y hace penitencia. No. Mi misión es indicar a todos el inminente peligro en que estamos de perder nuestra alma para siempre si permanecemos obstinados en el pecado*».

3º Pedagogía de la Santísima Virgen.

Algunos se extrañarán tal vez de que la mejor de las Madres se haya atrevido a mostrar un espectáculo tan terrorífico a unos niños. Pero la pedagogía de Nuestra Señora no se vio desmentida por los frutos que produjo en sus almas. Las almas de estos niños, lejos de quedar traumatizadas, fueron al contrario colmadas de sobrenatural lucidez, de fervor en la oración, de generosidad en el sacrificio y de caridad apostólica por la conversión de los pobres pecadores. No los conmovió tanto el horror del espectáculo como la tristeza de Nuestra Señora y la suerte de los condenados. Una enfermedad con llagas repugnantes provoca en el buen médico, no un asco invencible, sino el deseo de ponerlo todo en obra para curarla. Estos niños harán todo lo que puedan, hasta la práctica heroica de todas las virtudes, para que las almas en peligro de condenarse escapen a este espantoso fin.

Escuchemos si no, a modo de ejemplo, las quejas tan conmovedoras de la pequeña Jacinta después de esta estremecedora visión:

«*¡El infierno! ¡El infierno! ¡Cuánta pena me dan las almas que van al infierno! ¡Esas personas, vivas, que arden allí como la leña en el fuego...!*»

Y medio temblorosa, se arrodillaba, con las manos juntas, rezando la oración que Nuestra Señora les había enseñado:

«*¡Oh Jesús mío!, perdonadnos nuestros pecados, preservadnos del fuego del infierno, y conducid al cielo todas las almas, especialmente las más necesitadas de vuestra misericordia*».

Luego repetía de rodillas, gimiendo, esta misma oración. Y dirigiéndose a Lucía:

«*¡Hay que decirle a Nuestra Señora que muestre el infierno a toda esa gente, y verás cómo se convierte! ¡Por qué no le pides a Nuestra Señora que muestre el infierno a toda esta gente? ¡Qué pena me dan los pecadores! ¡Si yo pudiese mostrarles el infierno! Yo iré al Cielo, pero me gustaría que toda esa gente vaya también*».